

Uruguay de medio siglo; las narrativas de la “crisis estructural” y la paradoja del impulso y el freno

XIMENA ESPECHE
UBA/CHI-UNQ/CONICET

Introducción¹

Hacia mediados de siglo el paisaje cultural y político uruguayo fue dominado por una palabra: “crisis”. Los años 30 en todo el mundo ya habían sido generosos con ella: el *crack-up* del veintinueve en Estados Unidos y los coletazos que definieron el reacomodamiento de la economía y la política, e invirtieron el valor del proyecto liberal de positivo a negativo. A pesar de todo, Uruguay campeó, con costos, el temporal.² A diferencia de esos años, en la disputa por las versiones sobre la etiología de la crisis (económica, política, social o cultural), sus responsables y sus conjuradores, lo que estaba en juego a mediados de los cincuenta era la creencia en que el batllismo había sido una “edad de oro” que definía la identidad del Uruguay moderno como “país modelo” y “excepcional”, y que, a la vez, era el principal responsable de la crisis que atravesaba el mismo. Este trabajo se ocupa de analizar de qué modo los diagnósticos de “crisis” entre los años cincuenta y sesenta pudieron sostener dicha paradoja. La crisis impone un análisis sobre las narrativas que la instituyen como tal: porque el hecho mismo de diagnosticarla posibilita a la vez construir también la legitimidad de quienes la conjuran.

ximena.espeche@gmail.com

El país benefactor y feliz

Entre las muchas caracterizaciones de la historia del Uruguay, existe un acuerdo sustancial en definir que a mediados de 1950 el país había ingresado en una crisis económica y, ya entrados los años sesenta, en una crisis política, de tal envergadura que ambas terminarían en la debacle de las instituciones democráticas uruguayas con el golpe cívico-militar de 1973.³ El país que había sido considerado tanto por nacionales y extranjeros como una excepción en el subcontinente, una “Suiza de América”, un “Estado Benefactor” temprano y original en comparación con el estadounidense, incluso un “país feliz”, dejaba tras de sí un tendal de ruinas.⁴ Así podía sintetizarse el problema: a mediados de los años sesenta el país se había finalmente “latinoamericanizado” (Finch, 1980: 16; 2002: 157). Todos los indicadores –desde el alza de precios y la inflación hasta el descontento social– afinaban la puntería contra la idea de un país económicamente estable, institucionalmente confiable, socialmente calmo. El aumento de medidas autoritarias y represivas a fines de los años sesenta (censura, encarcelamiento de militantes políticos y activistas culturales), y al mismo tiempo la emergencia de violencia política en parte de la población civil terminaron por confirmar en 1973 todos los temores: la dictadura cívico-militar que asoló a Uruguay lo emparentó tristemente con otros países de la región como Brasil o Argentina.⁵ ¿Qué había sido de esa “Suiza de América”, de la “utopía”, del “Welfare State”?⁶ La imagen que aparece en el medio siglo es poderosa: un edificio cuyos muros están rajados. El batllismo es el “verde solar” al que de lejos se le ven las grietas.

En las primeras décadas del siglo XX la sociedad uruguaya parecía haber completado un “primer modelo de configuración nacional”, en el que se habían desplegado y consensuado diversos valores considerados como propiamente uruguayos. Y esos valores se identificaban también con los logros y legados de las presidencias de José Batlle y Ordóñez a comienzos de siglo XX. Es decir, el despliegue de la creencia en la modernidad del país, cuyas características consistían en una sociedad hiperintegrada, la primacía y valoración de lo público sobre lo privado (lo “democrático pluralista de base estatista y partidocéntrica” como matriz), de la ciudad y del cosmopolitismo (eurocéntrico), de los procesos reformistas y del legalismo (Caetano y Garcé, 2002).⁷ Creencia que hasta mediados de los años cincuenta parecía incólume, aun cuando, por ejemplo, el golpe de estado de 1933 hubiera sido un duro revés para la siempre sólida institucionalidad uruguaya (más allá de que la dictadura de Terra hubiera insistido en legitimarse por medio de una reforma constitucional –1934– y de llamados a elecciones). El retorno a la democracia se produjo a través de otro golpe de estado en 1942, que derivó finalmente en la vuelta al poder del orden batllista. En 1947, el sobrino

de Batlle y Ordóñez, Luis Batlle Berres (1897-1964), asumió la presidencia de la nación luego de que el presidente electo muriera imprevistamente.⁸

En 1952, Luis Batlle Berres se reconocía a sí mismo como el legatario de su tío y usó el imaginario batllista como una forma de legitimar sus apuestas político-económicas para fortalecer su línea partidaria, la "quince", dentro del coloradismo: Uruguay era —seguía siendo—, tal como afirmara en 1948, "un país de excepción" (cit. por Nahum *et al.*, 1998: 77-78). En este sentido, la asociación con el batllismo como una de las expresiones máximas de la articulación ciudadana refrendaría ese estilo hegemónico (Finch, 2002: 157), incluso dentro del Partido Colorado. Este "clasicismo batllista" fue entonces el resultado de una codificación en la que la historia del "país modelo" que se suponía era Uruguay había sido posible justamente gracias al batllismo, así visto como representante máximo de lo que se entendía por Colorado (Rilla, 2008: 253).

Luis Batlle Berres apeló a ese país como "modelo", refrendando su propia afirmación de "excepcionalidad"; el lema "el programa de hoy es el de ayer" emitido por Batlle Berres podía sintetizar muy bien esa articulación con una "edad de oro" significativamente asociada al batllismo (Rilla, 2008: 309). Para muchos de quienes discutieron el alcance y veracidad de dicho "programa", el argumento estaba en comparar los dos gobiernos teniendo en cuenta la muy diferente situación que para los años cincuenta atravesaba Inglaterra, país del que Uruguay había dependido para mantener una balanza comercial estable. Ese mundo británico se retiraba como referencia económica para Uruguay; Estados Unidos había salido de la Segunda Guerra intacto y con la suficiente fortaleza para definir criterios de intercambio en todo el orbe. Bajo la política del "Buen Vecino", Uruguay ingresó en la órbita estadounidense como foco primario y latente en el Cono Sur de la avanzada panamericana, y sobre todo como baluarte de la "democracia" frente a la Argentina peronista (Oddone, 2004: 11-18). Esa avanzada de lo panamericano tenía a mediados de los años cuarenta una dimensión que la hacía coincidir además con las vinculaciones del batllismo y el panamericanismo de comienzos de siglo XX.

Si la guerra de Corea representó una extensión de frágil prosperidad, las reservas acumuladas en ese período estaban prácticamente agotadas a mediados de los cincuenta. Y junto con el estancamiento productivo, las actividades especulativas tuvieron un crecimiento notorio (Frega, 1993: 99-103). El descrédito que se hizo del gobierno, al instaurar sobre él los ejes para el análisis de lo que se determinó como crisis, abrió la puerta al mismo tiempo a una pregunta por las fortalezas del batllismo a pesar del tiempo transcurrido, como así también a la pregunta por el efectivo anudamiento de la excepcionalidad con el Uruguay batllista. Pero, de igual modo, abrió la posibilidad de que, como una de las consecuencias de esa crítica, el gobierno dejara de ser Colorado, luego de 93

años en el poder (1865-1958). La crisis económica había pesado enormemente sobre ese cambio (Alonso y Demasi, 1989: 10), pero no fue solo la economía la que hizo el trabajo. En efecto, en las elecciones de 1958, el Partido Nacional ganó las elecciones —en asociación con la Liga Federal de Acción Ruralista— por un margen inusitado: 120.000 votos. Y esas elecciones parecían redefinir el entramado de juego político y juego económico, pero también mostraban un umbral por el que ingresaban y ganaban terreno caracterizaciones del país (especialmente algunas dispuestas en torno de lo que se suponía era propio del Partido Blanco, como la relación con la campaña y América Latina), distintas de las caracterizaciones que hasta la fecha habían sido predominantes en Uruguay.⁹ Sobre todo, parecieron darle a Luis Alberto de Herrera su paradojal mejor hora.¹⁰ El Partido Nacional gobernaría dos períodos hasta 1966.¹¹

Crisis: entre el espíritu y la materia¹²

¿Qué significa considerar una crisis o determinar que algo está en crisis? La etimología de la palabra la define como una decisión final, y las tradiciones médica y religiosa tienen para ella también otros sentidos: en el primer caso, obliga a una decisión urgente, “de vida o muerte”; en el segundo, la aceleración de los tiempos que anuncian el día del Juicio Final. En la tragedia griega, la crisis es el momento clave en el que se representan los dilemas del destino humano. De este modo la crisis puede ser entendida como un corte, como la condensación de ciertas contradicciones que romper una unidad (postula, sobre todo, un quiebre temporal). El tiempo futuro que abre la crisis es un tiempo interpretado de muy diversas formas: un proceso de “regeneración”; la apertura a la incertidumbre y —entonces— al vaciamiento de los futuros posibles; o, por el contrario, la celebración de lo por venir (Holton, 1987; Hay, 1996; Plotkin, 2005: 13-14). Es sobre esas opciones que también la crisis funciona como un llamado a conjurarla, aunque no funciona igual para todos (Plotkin y Visacovsky, 2007; Caravaca y Plotkin, 2007).

En este sentido, es notable cómo las fechas de la crisis en el Uruguay del medio siglo varían hasta solidificarse en, al menos, dos que agrupan el máximo de los consensos: 1955 (económica) y 1958 (política). Por ejemplo, para la publicación dependiente de la Federación de Estudiantes Universitarios de la Universidad de la República, *Tribuna Universitaria*, en julio de 1957 la crisis ya era oficial.¹³ De hecho los responsables de la publicación llamaron a un concurso de ensayos bajo este lema: “Análisis de la crisis actual de nuestro país (Aspecto económico, social, político y cultural)”.¹⁴ Ese año, en el semanario rector de la vida intelectual uruguaya, *Marcha*, el ensayista Carlos Real de Azúa publicó un

trabajo titulado "¿A dónde va la cultura uruguaya?".¹⁵ El ensayo enunciaba una larga diatriba respecto de qué era y se concebía como "cultura uruguaya"; en qué medida debía ser tenida en cuenta la misma historia de la modernización del país, vinculada fuertemente al batllismo; y hasta dónde esa modernización podía sostener los coaligantes sociales y culturales que representaran una verdadera dinámica cultural. Es decir, una dinámica que excediera tanto la frivolidad del consumo cultural referido a ciertas modas intelectuales (en general provenientes de países de Europa o Norteamérica), al mismo tiempo que fuera más allá de las intensas defensas vinculadas a lo "propio", que representaban un nacionalismo sin contenido real. Sobre todo, en ambos casos no se atendía al presente de esa misma cultura y a los problemas reales que la acuciaban: la situación uruguaya, decía, era paradójica. Y esa paradoja la hacía corresponder con un

(...) Estado y [de] un régimen que aseguran hasta límites prácticamente desconocidos en América, la libertad formal de desarrollo y de expresión pero que, en la dialéctica capitalista-liberal, vacía a la sociedad de ética y de saberes, de valores universales y de calidades nacionales.¹⁶

En definitiva, proponía una definición de cultura que hacía de lo hispanoamericano —crítico del "capitalismo"— uno de sus baluartes necesarios. Es decir, menos una ocupación de "espíritus selectos" que un "repertorio de valores o ideales últimos de la colectividad, de instituciones y modos de vivir de la comunidad entera" (Real de Azúa, 1957a: 21). Entonces, el problema de la cultura uruguaya se enmarcaba en un problema mayor, que tenía en el desarrollo de la cultura de masas y la esterilidad de la cultura de elite sus puntos más notorios. Según Real de Azúa, la endeblez del cristianismo uruguayo así como la propia estructura del capitalismo en el país había hecho imposible resistirse a sus embates más perjudiciales.

Para Real de Azúa, algo tocaba a su fin, un "período de irresponsabilidad, malabarismo e ilusión (...)", ese que él hacía coincidir —entre muchos otros— con la forma que, según sus análisis, había asumido el batllismo a mediados de los años cincuenta. Ese fin, en el marco particular de una crisis generalizada de la cultura occidental, hacía pensar en dos posibles futuros: uno en el que se reaccionara de forma inmediata, atacando tanto la despersonalización de la cultura de masas cuanto la esterilidad de la cultura que se desarrollaba sólo como de "espíritus selectos"; o, por el contrario, el futuro como "un interregno de desquicio supremo tras el cual la entidad misma del país, nuestra existencia independiente misma, se haría problemática" (Real de Azúa, 1957b: 21). Entre ambos futuros, la insistencia en la condición iberoamericana del país (esa condi-

ción temporal y espacial) definía una suerte de esperanza, que además revistaba en la consideración de que todo intento de explicar qué era la cultura (uruguaya, iberoamericana) necesariamente adquiriría una intensidad política que tenía como centro una tarea: la de “unidad y libertad iberoamericana”. A su vez, esa tarea “parece hoy la única empresa histórica estimulante y digna de sacrificio para las nuevas generaciones del continente (Real de Azúa, 1957b 23). El primer plano de la “unidad y libertad iberoamericana” parecía redefinir el oasis de excepción al que había hecho referencia Batlle Berres y aun más, la alineación panamericana del batllismo: menos en soledad que en un encuadre regional, la integración al subcontinente se escuchaba como uno de los llamados principales de esas “nuevas generaciones” cuya función Real de Azúa así definía (cuestión que la Revolución Cubana pondría poco después en primerísimo plano).

En abril de 1958, *Tribuna Universitaria* publicó el ensayo ganador de la convocatoria lanzada en 1957. Dicho ensayo, además, finalizaba con una reflexión sobre el lugar de la universidad y la necesidad de confiarle la solución a la crisis. Ricardo Martínez Cés, autor del trabajo, se preguntaba si en efecto la crisis era permanente, constante y profunda o, por el contrario, si era parte de un “accidente”. Por respuesta elegía la primera opción: era una crisis estructural y parecía remitirse a un momento primigenio definido en torno del alambramiento de los campos y el momento cuando Montevideo quedó como centro económico del país. La referencia a la crisis hacía responsable en primer lugar a la modernización, o a lo que se asociaba con ella: “Vivimos desfasados entre lo que somos, entre la conciencia o la aptitud mental que tenemos para constituir una sociedad de tipo determinado, y las condiciones materiales que nos ha impuesto el desarrollo de nuestra economía” (Martínez Cés, 1958: 11). En este sentido, las apreciaciones de Martínez Cés vincularon modernización –y lo que esta traería aparejado en términos sociales y culturales– con batllismo. Aunque no hubiese sido bajo el batllismo que se alambraron los campos, ni tampoco que Montevideo se configurara como centro del país, sí pesaba sobre él el valor de la urbe en sus definiciones identitarias y la supuesta denegación del gaucho en pos del inmigrante; pero, sobre todo, en el alcance de sus votos.

Si el carácter de profundidad de la crisis se podía explicar también por el tipo de modernización al que el país había llegado, aquellas manifestaciones menos profundas se vinculaban para Martínez Cés tanto al “Partido Batllista” (culpabilizándolo del crecimiento irracional de la burocracia), como también a ciertos valores en crisis en el ámbito político-partidario: una “mentalidad general” en la que tanto la función pública como la actividad partidaria eran cuestionadas por irresponsables y por provocar sólo desconfianza, y que, además, eran concebidas como eximidas de la responsabilidad ciudadana. El vínculo entre

crecimiento de la burocracia y clientelismo estatal tenían al "Partido Batllista" como principal objeto de críticas.

El director del semanario *Marcha*, Carlos Quijano, también afirmó, pocos meses después ese mismo año, que desde fines de 1957 hasta mediados de abril de 1958

(...) no hemos podido vender la lana; dos frigoríficos de tres han cerrado; algunas empresas han caído, otras se tambalean; las importaciones están paralizadas y el peso ha llegado a valer 16 centavos de dólar. Una revolución de hecho, en los hechos, se ha producido. Callada e inexorable.

Una revolución que devora los ahorros, que hincha los precios; provoca repetidos aumentos de salarios; mantiene un persistente desequilibrio. ¿Qué le hemos de hacer? Los gobernantes siguen creyéndose únicos poseedores de la verdad. Son los que tienen razón. No, la realidad. El parlamento no se reúne. La oposición no existe... (Quijano, 1958a: 1).

En el presente de la enunciación, 1958 parecía un "suicidio", un encaminarse a una trampa, que Quijano resumía en ese editorial con la referencia a una "enfermedad de estructura": la del mismo sistema económico uruguayo en el que el valor del peso se depreciaba, dando cuenta de la extrema dependencia uruguaya del comercio internacional, por más que tuviera una industria liviana y hubiera logrado avances en ese sentido. En ese editorial, 1956 ya no era un año al que temer, aunque todo parecía indicar que había sido complicado ("Pasó 1956 y los precios internacionales de las materias primas se mantuvieron"), en cambio 1958 presentaba en toda su magnitud los contorneos de un cisma: porque las medidas que se adoptaran ese mismo año ya llegaban con por lo menos dos de retraso.¹⁷ Pero Quijano ya había anunciado una crisis de envergadura mucho antes de 1958. La dictadura de Terra en 1933 había abierto ese cauce por el que ingresaba el decaimiento (a la vez paulatino y total) del batllismo. En primer lugar, 1933 estaba muy cerca de la crisis internacional de 1929, y el golpe fue comprendido en torno del avance combinado de la crisis del capitalismo mundial y de las democracias liberales. Uruguay, de este modo, no era "excepcional" si se atendía a una región que ya se había visto conmovida por dictaduras, como por ejemplo la Argentina de 1930. Pero, también, Quijano podía explicar ese golpe anudando una consideración específica sobre —si es posible definirlo en estos términos— el "espíritu" del Coloradismo. Era un partido que se "había hecho en el poder", y el ejemplo más vasto podía encontrarse en el modo en

que había intervenido en las cuestiones sociales: desde el Estado —el partido en el gobierno— hacia la población.

En otra tesitura, para Quijano 1958 constituyó también una toma de posición respecto de su militancia anterior, la Agrupación Nacionalista Demócrata Social (ANDS), que integró el Partido Nacional como fracción minoritaria desde fines de los años 20 hasta mediados de los años cuarenta, y por el que tuvo una banca como diputado entre 1928 y 1932.¹⁸ En agosto de ese 1958 hizo un balance y un ajuste de cuentas respecto de su participación político-partidaria; una crisis personal —en el sentido de un quiebre en sus filaciones políticas— se enraizaba con una más general, que tenía al país, su economía y a sus partidos como protagonistas. Con el editorial “A rienda corta” expuso nuevamente sus diferencias con el Partido Nacional —“nuestra experiencia en el partido Nacional, del cual hace muchos años que estamos separados, está concluida” (Quijano, 1958)— y su negativa a crear otra opción partidaria que insistiera en el juego electoral; explicaba además las implicancias de su formación marxista. Efectuó también una aclaración retrospectiva, un análisis sobre la función de *Marcha*,

¿por qué no pensar que nuestra tarea, la tarea que se nos ha asignado sobre la tierra, es otra: ésta que cumplimos semana a semana en *Marcha*? Una modesta tarea de docencia (...) ¿Por qué —más allá todavía— ha de creerse, como en alguna ocasión lo hemos dicho, que la acción política —en su esencial sentido— ha de reducirse a la acción partidaria y electoral? (Quijano, 1958b)

Aunque no efectuara una crítica directa al sistema de partidos en este editorial, la redefinición del valor sobre la “acción política” puesto en la positividad de la “formación de opinión” dejaba algunas dudas sobre la otra acción política, la “partidaria y electoral” (si bien participaría en 1971 de la formación del Frente Amplio).

El mes de las elecciones, noviembre de 1958, *Tribuna Universitaria* fue escenario de artículos todos dedicados al Uruguay y a su estructura: economía, sociedad, cultura, política. Allí, los artículos de Real de Azúa y del sociólogo Aldo Solari problematizaban el sistema partidario uruguayo. Para Real de Azúa ese no era un tema “menos profundo” (Real de Azúa, 1958).¹⁹ Uno y otro daba cuenta de una pregunta por la “profundidad” de la crisis. En el caso de Real, los partidos eran “entidades” que se habían quedado sin “hombres de ideas”, sin una “literatura” (en un amplio sentido de la palabra) que los armara como algo más que agrupaciones para buscar votos y clientelas. En un movimiento que englobaba el hacer de la literatura un instrumento indagatorio para estudiar “el

ser de lo que se llama partido político" (Real de Azúa, 1958: 101) y una definición sobre el valor y alcance de los partidos políticos, explicaba que:

(...) la crisis entera de la vida nacional, la crisis que configuran la irrupción y la afirmación asfixiante de una clase estatal-burocrática (...) la que configura la quiebra de los patrones morales y los orgullos colectivos que normaban nuestra sociedad; la que configura el desorden estructural de nuestra producción, el nominalismo de una política social tuteladora volatilizada por los factores monetarios; todos esos síntomas (...) reflejan (no pueden dejar de hacerlo) en la política y los partidos. (Real de Azúa, 1958: 117)

La cultura de masas era así un dato de lo real preocupante, que 1958 ponía aún más en escena.

Con el mismo interés en aclarar la situación del desarrollo del país, Aldo Solari hizo en ese número un análisis de los partidos tradicionales: condicionaba el futuro de los partidos a la problemática de que, ante el avance de los grupos de presión (gremiales y corporativos), estaba en ciernes una creciente desideologización. A partir de allí se preocupaba en definir el modo en que la crisis de los partidos era una dentro de otra más general que no la agotaba pero que la hacía más visible, sin por ello disminuir la importancia de la crisis "profunda": el divorcio de la sociedad política y la sociedad real (Solari, 1958).²⁰ ¿Dónde, entonces, había quedado el batllismo? ¿Qué pasaba entonces con los partidos tradicionales?

¿Crisis? ¿Qué crisis?

Para los colorados, incluso en la tendencia que no era gobierno, la definición de la crisis correspondía menos al batllismo que a una mala interpretación de su legado. En otras palabras, la crisis podía o no afectar a la excepcionalidad uruguaya, pero esa excepcionalidad era considerada sin duda un dato de supervivencia del batllismo. Esto es, batllismo entendido, entre otros logros, como el legado de instituciones democráticas y de un lugar de privilegio en el panorama educacional en términos latinoamericanos. Uruguay se recortaba en América Latina *incluso* en un momento de crisis. *Antes* de las elecciones de noviembre de 1958, en las que el Partido Colorado saldría derrotado, quienes participaban en la lista "catorce" (tendencia opuesta a la "quince" que estaba en el poder, si bien tenía un peso minoritario en el gobierno y se definía también como legítima

sucesora del batllismo), manifestaron en su órgano de prensa que la crisis no era otra cosa más que el resultado del "régimen": "Hemos dicho que la rectoría quincista fracasó estrepitosamente cuando tuvo que desempeñar el gobierno de la República." Y auguraba que lo que necesitaba el país eran hombres que gobernasen demostrando allí —en lo público— y en su vida —en lo privado— "austeridad y competencia"; eran esas las condiciones para que el país se "recuperase" y, en definitiva, lograrse "conjurar la crisis económica que lo azota [y obtener] la recuperación social, política y productiva".²¹

Al mismo tiempo, y en el mismo diario, se hacía referencia a las palabras del historiador argentino José Luis Romero en la Universidad de la República; según la "bajada" que el diario propuso al comentar la clase del profesor argentino, sus afirmaciones volvían sobre uno de los mismos ejes que un representante del "régimen" había enunciado diez años antes, este es sobre la excepcionalidad de Uruguay: "La nueva clase del Prof. Romero sobre historia política latinoamericana a partir de 1920 prueba que el Uruguay, salvo el período de la dictadura de Terra, constituye una verdadera excepción en el continente".²² Ese enfoque encontró también sustento en la situación educacional del Uruguay, en particular la titulación de los docentes, según las palabras del delegado uruguayo Prof. Pedro P. Pereira en el seminario magisterial de la UNESCO. Así se tituló la noticia: "El Uruguay se halla en una situación de privilegio dentro del panorama educacional de América Latina".²³ Aun con estos datos (excepcionalidad democrática y "privilegio dentro del panorama educacional de América Latina"), la crisis se presentaba para los colorados opositores a la "quince" como total, al punto que era necesario hacer una "regeneración".

Por el contrario, antes de las elecciones, para quienes propiciaban la candidatura de los ruralistas aliados con la fracción herrera del Partido Blanco desde el *Diario Rural*, la crisis de 1958 era incomparable a otras que habían dado el tono de lo que habían sido hasta ese momento las "crisis". Mencionaban que la actual era la "peor" comparándola con otras dos crisis del siglo XIX. El análisis agrupaba a éstas bajo el paraguas del "régimen liberal". La de 1958 era a su vez del "régimen estatista", como había sido la de 1931. Esas dos "preparan la caída del 'régimen'", el de los colorados-batllistas en el poder.²⁴ Es claro que tanto para los redactores de *El Día* cuanto para los de *Diario Rural*, las críticas al régimen y la definición de crisis focalizaban las apuestas en las elecciones que se llevarían a cabo a fines de noviembre de ese mismo año. A diferencia de *El Día*, en el *Diario Rural* el tema de la excepcionalidad se superponía con la crisis misma (ésta no tenía antecedentes, era la "peor"), y el batllismo (identificado con el "régimen estatista") era considerado como un momento al que no debería volverse. Aquí excepción y batllismo no tenían el mismo carácter y la salvación no estaba en el pasado. Al menos no en el batllista.

Sobre la revisión del país batllista y la preocupación por pensar un Uruguay que lo trascendiera había escrito también en *Tribuna Universitaria* antes de las elecciones de 1958 el ensayista e historiador Alberto Methol Ferré. En un texto que era a la vez un panfleto y un estudio sobre el ruralismo, explicaba la situación en la que se encontraba Uruguay, que volvía necesaria la intervención de la alianza herrero-ruralista para desarmar un estado de cosas considerado insostenible. Para Methol, la caída del Imperio Británico y de sus áreas de influencia hacía que Uruguay cayera al mismo tiempo en la cuenta de su realidad, que entrara necesariamente en la historia y que dejara de "ser espectador". La posibilidad de un cambio en Uruguay estaba, según Methol, en el Ruralismo, porque, tal como explicó en "¿A dónde va el Uruguay?", éste haría que el país comprendiese finalmente su lugar internacional —con animadas referencias a la prédica de Luis Alberto de Herrera— y, en consecuencia, la transformación que le era fundamental: una nueva manera del "estar" en el mundo. En Methol Ferré la excepcionalidad se constituía en otro orden que deshacía el anterior para refundar un espacio estratégico nuevo, el de *nexo* entre Argentina y Brasil, y no concebir al país —lo que según él se había hecho durante el predominio batllista— como una isla fuera del subcontinente y la región.²⁵

Cuando su ensayo sobre el ruralismo fuese republicado en Argentina con el título *La crisis del Uruguay y el Imperio Británico*, el lugar del batllismo sería explicitado para los lectores no uruguayos apelando al consenso aceptado ya en ese momento de que "Batlle y Ordóñez es el principal constructor del Uruguay moderno", pero también el de que "[l]os efectos de esas soluciones son hoy nuestro problema. ¡Y está bien: a cada generación tareas propias, en la historia no hay soluciones eternas!" (Methol Ferré, 1960: 16).²⁶ La duda no residía en si Batlle y Ordóñez había tenido que ver o no con la modernización del país, y lo excepcional aquí no se vinculaba con ello. Por el contrario, esa había sido la "tarea" de la generación de Batlle y Ordóñez, casi un llamado específico al que, necesariamente, debía haber dado su respuesta. La generación de la que Methol Ferré era parte, entonces, debía hacerse cargo del momento histórico que le tocaba vivir.

La explicación de ese llamado en "los efectos de esas soluciones son hoy nuestro problema" —que podría leerse como el reverso de las palabras de Batlle Berres: "nuestro programa es el de ayer"— condensa la paradójica situación del Uruguay batllista a fines de los años cincuenta. Esto es, el modo en que las condiciones particulares del afianzamiento del Uruguay batllista terminaron siendo perjudiciales en el marco de una crisis que, al mismo tiempo, parecía ser posible puesto que era inherente al desarrollo del propio batllismo. Se aunaban en una misma línea "crisis" con "batllismo". Methol Ferré a la vez afirmaba en 1958 que la crisis no empezaba ese año sino, por el contrario, había comenzado en

1952. Esto es, además de la crítica a la reforma constitucional que hacía posible el Colegiado, en el que finalmente el Partido Nacional tenía así asegurada la minoría en el poder, en 1952 se había firmado un tratado militar con los Estados Unidos, en el marco del Tratado de Río de 1947. Ese año era un condicionante político y moral que explicaba, entre otras cuestiones, lo infructuoso de pensar en la economía como único determinante, teniendo en cuenta que "La economía es también espíritu" (Methol Ferré, 1958: 169). Esos "modos de vida" se acercaban claramente a un punto esta vez "económico" que definía un "espíritu", ese al que Real de Azúa había hecho referencia en 1957: en qué medida el capitalismo tal como lo conocía Uruguay le permitía en efecto desarrollarse cabalmente, respetando aquello que lo identificaba. Tanto para Real como para Methol, eso podía ser el batllismo, pero al mismo tiempo, era el propio batllismo que —en su línea sucesora, esto es, la lista "quince" que estaba en el poder— no daba las respuestas que el país necesitaba.

Poco tiempo después de la derrota de la "quince" en las elecciones de noviembre, *Acción* publicó dos recuadros que dejaban de lado cualquier crisis, o que, por lo menos, redefinían el estado de cosas desde otro punto de vista: el futuro seguía del lado del batllismo y de sus sucesores. Y no solo eso: teniendo en cuenta que la Revolución Cubana había triunfado, la misma era valorada por su antiimperialismo, que para el autor del recuadro remitía también a la propia historia del batllismo.

La lucha contra el imperialismo la llevó adelante Batlle y Ordóñez, que fue quien le marcó el rumbo a su partido y a la república. Sin nacionalismos peligrosos, que han desmentado muchas veces en el atraso y en la regresión; por el camino levantado del respeto al derecho y a las libertades colectivas, el Batllismo ha desarrollado ese principio. La perspectiva de algunas décadas, que han dado a nuestro pueblo la posibilidad de autodeterminarse y de labrar su propio destino, confirman el principio y marcan la obligación de seguir trabajando porque no nos desviemos de él.²⁷

La definición de que el batllismo había luchado "contra el imperialismo" y "sin nacionalismos peligrosos" parecía una defensa ante una de las acusaciones comunes al batllismo y sus legatarios: su alineación panamericana. Y, al mismo tiempo, era una acusación sobre el carácter del partido en el gobierno: el nacionalismo "peligroso" tanto del Partido Blanco como del ruralismo. En definitiva, lo que se temía era un nacionalismo no batllista.

De este modo, la crisis ahora consistía en un recambio partidario tras 93 años de continuidad colorada. Así, el recambio de partidos funcionaba como

una amenaza tanto a la ejemplaridad de la república cuanto a su estilo de vida; o, por lo menos, ese era el temor que aparecía en las notas. Pero al mismo tiempo originaba la apreciación de que nada podría cambiar lo que estaba arraigado en una profundidad específica: "Los principios del Batllismo recogen el estilo de vida de nuestro pueblo y por eso no pueden ser derrotados aunque sufran hoy un golpe en su trayectoria. Ellos son los que interpretan ese carácter nacional de que hablamos (...)". El diagnóstico era, en cambio, el de una "caída circunstancial", donde "el futuro es nuestro".²⁸ Incluso el órgano de prensa del Partido Nacional Independiente, de tendencia liberal, *El País*, afirmaba en el "epitafio" escrito sobre el último colegiado colorado lo siguiente: "(...) es de justicia reconocerle la firmeza con que respetó e hizo respetar los derechos individuales y las libertades públicas que a esta altura de los tiempos son patrimonio común de los orientales".²⁹ Porque si para los batllistas el batllismo, el Partido Colorado y el Uruguay parecían ser una y la misma cosa, para quienes escribían en *El País* sobre eso mismo había que disputar: "a esta altura de los tiempos son patrimonio común de los orientales".

Por el contrario, para los vencedores y desde el diario *El Debate*, diciembre de 1958 se anunciaba en la portada a partir de un "¡VIVA EL PARTIDO NACIONAL! CAYÓ EL REGIMEN" y, en la página 3, bajo el título "Histórica jornada", el diario ahora oficialista afirmaba que el "oficialismo batllíco" había "engañado" al país; era un partido que lo "desangraba y asfixiaba en una espesa atmósfera de materialismo y desaprensión". Para los de *El Debate*, era el Partido Nacional, "fuerte y unido con hombres honrados y capaces", el que "sabrá traer la dicha a este pueblo que hace tanto que no la conoce". Si para quienes escribían en *Acción* había un "estilo de vida" sobreviviente al triunfo del Partido Nacional, para los ganadores de la elección ese estilo vital no existía; por el contrario, si había existido no era más que parte de un "régimen", un "engaño". En definitiva, el estilo vital era otro, que había sido ocultado por el régimen vía engaños. Ese "otro" estilo de vida necesariamente aparecía como no batllista.

Después de 1958: balances y perspectivas

Las elecciones habían pasado; el recambio gubernamental había sido efectuado, y, sin embargo, la crisis continuaba; o al menos así lo era para varios de sus evaluadores. En 1960, el escritor Mario Benedetti lo explicaba largamente en uno de los textos que se transformó en emblemático del Uruguay de los sesenta: *El país de la cola de paja*.³⁰ Esa crisis, aclaraba Benedetti en el prólogo, era económica pero también de la moral "pública y ciudadana". Tenía que ser considerada como vinculada a algo más que la debacle económica. De hecho,

el punto principal de la crítica estaba en que “la tremenda crisis moral que nos viene destrozando desde mucho antes de que el peso uruguayo tomara cuestabajo” no había sido tema ni en la prensa, ni en la radio. Ambas, prensa y radio, eran parte de “un solo y lamentable conglomerado”, el “político”. Si en lo económico las culpas podían repartirse, decía Benedetti, no sucedía lo mismo en lo moral: “todos han participado (...) en el paulatino descarte de lo digno, de lo decente, de lo casi decente” (Benedetti, 1960: 12-13). El diagnóstico de Benedetti sobre ese carácter moral de la debacle uruguaya tampoco era nuevo.

Durante los años sesenta existieron además otros intentos de explicar qué era esa crisis, qué significaba en la historia del Uruguay y en qué medida podía definirse en su solución qué tipo de futuro. Entre 1963 y 1965, la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (CIDE), dirigida por el contador Enrique Iglesias, publicó dos informes.³¹ En ellos se decía que a mediados de los años cincuenta los índices de desarrollo en Uruguay se habían modificado: aumento de precios que duplicaba el del período concentrado entre 1934 y 1955; entre otros problemas, aumento de inflación e incremento del desempleo que, además, advertía una dificultad en ciernes: el empleo público ya no podría cumplir con una de sus principales características hasta entonces: la absorción de mano de obra. Uno de los puntos álgidos estaba en la relación entre desempleo, burocracia y dependencia económica internacional. Y, además, en 1965 tuvo lugar el derrumbe bancario en Uruguay, pero sobre todo fue posible advertir de qué modo la inflación y la depreciación de los salarios había desarraigado el consumo de la clase media que definía una de las posibles identificaciones del Uruguay.

En definitiva, con el planteo de la CIDE se había formulado un estudio que hizo legítima la fecha de 1955 como momento de despegue de la crisis en Uruguay. Ahora, a la luz de ese planteo, 1958 tenía otro peso y ningún informe: no existía ningún estudio —como el que se publicara en 1965— que explicara el porqué de esa fecha para definir la crisis, excepto por la importancia del traspaso de poder entre los dos partidos tradicionales y lo que ello implicaba; para muchos la crisis llegaba a su clímax en ese recambio, aunque también podría o no traer transformaciones de fondo.³²

El año 1965 también tuvo otro informe: el que se llevara a cabo en el “Congreso del Pueblo”, convocado por la recientemente formada Comisión Nacional de Trabajadores (CNT). En ese congreso, convocado como una manera de reunir tanto a la totalidad de los sindicatos cuanto a otros actores no sindicalizados para lograr un “acuerdo nacional” a fin de solucionar la crisis, se redactó un informe titulado “Programa de soluciones a la crisis”, que terminó siendo adoptado por la CNT en 1966 (Alonso y Demasi, 1989: 56-59).³³ En ese mismo año, Enrique Iglesias presentó un sumario del informe de la CIDE titulado *Uruguay, una propuesta de cambio*. Para Iglesias, ese “cambio” para salir de la crisis debía

realizarse teniendo en cuenta lo que era el "uruguayo medio". Así, determinados derechos de ese "uruguayo" debían sostenerse, y más aún, recuperarse. Más que un cambio total, se trataba de la recuperación de idealizadas glorias pasadas: derecho al trabajo y a la tierra; derecho a trabajar la tierra; el acceso a vivienda, educación, salud; participación en el manejo de la economía del país y, además, la posibilidad de acceder a iguales recursos y oportunidades. El "uruguayo medio" era, tal como lo entendía Iglesias, alguien en quien se podía encontrar al mismo tiempo una "peculiar mezcla entre expectativas utópicas y conformidad conservadora" (Gregory, 1998: 282-284). El "Programa de soluciones a la crisis" parecía tomar otros criterios que los del "uruguayo medio", si bien postuló como necesaria la recuperación de lo que se había perdido del viejo Uruguay batllista (aunque lo hiciera de forma diferente a la propugnada por Iglesias). El programa explicaba entonces la crisis en función de una lectura del pasado y del presente, en la que se caracterizaba el modo en que una pequeña minoría había expoliado a una mayoría. Frente al diagnóstico, las soluciones se encaraban desde una reforma estructural "que el pueblo impulsará y el Estado promoverá". El "Programa..." del sesenta y cinco funcionaba como un replanteo del esquema batllista de principios de siglo. Es en ese sentido que "A nivel de los gremios, el Uruguay 'batllista' se negaba a morir" (Alonso y Demasi, 1989: 58).

La paradoja del impulso y el freno

Quien sintetizó de forma poderosa y persistente la relación entre batllismo, crisis y excepcionalidad fue Real de Azúa con el ya reconocido ensayo *El impulso y su freno. Tres décadas de batllismo y la crisis actual*, publicado en 1964. Allí se preguntó: "¿por qué se detuvo el impulso progresivo que un partido —el Batllismo— imprimió al Uruguay en las primeras décadas de este siglo?" La respuesta esgrimida hacía de la virtud perjuicio. De ventaja comparativa, el batllismo se transformaba en el principal problema. En otras palabras, hacía responsable al batllismo "por su incapacidad para trascender sus limitaciones abriendo paso a una verdadera 'transformación', aquella que evoluciona por su propia dinámica, es decir, que mantiene su impulso más allá de la acción de su inspirador" (Demasi, 2004: 2).³⁴ El freno estaba también, según Real de Azúa, en aquellos "móviles sociales" sin una "ética social" coherente.

La fuerza de la metáfora en la que los uruguayos advertían la realidad del país de forma desfasada, divorciada de aquello que la sustentaba, esto es, la imagen de que el batllismo no se correspondía con la realidad, ya había sido usada por Martínez Cés y también por Quijano, entre otros. Real de Azúa rearmó esa

afirmación en la forma de la paradoja por la que algo es a la vez una cosa y su opuesto. Avance y retroceso. El batllismo era una realidad, pero también era irreal.

Por el contrario, en 1966 y 1972, los principales críticos literarios uruguayos, Emir Rodríguez Monegal y Ángel Rama, definieron que había una generación a quien le había tocado en suertes derribar ese desfase. Ambos publicaron dos textos que pueden ser concebidos como las “biografías intelectuales” de esa generación a la que, además, dieron nombres (Rocca 2004): el primero, “generación del 45”; el segundo, “generación crítica”. Más allá de las enormes diferencias que ambos autores y textos presentan, *Literatura uruguaya de medio siglo* y *La generación crítica* permiten advertir el modo en que ya los relatos de la crisis repetían a fines de los sesenta algunos fuertes consensos.

Para Rodríguez Monegal (1966: 13) había sido “junto a *Marcha* o contra *Marcha*” que habían surgido en un lapso de quince años numerosas publicaciones y emprendimientos que no sólo habían renovado la vida cultural uruguaya sino que, además, habían ayudado “a crear esa conciencia nacional que se manifestó tan alerta en 1958”. ‘Alerta’ que puede entenderse recortándola sobre las marchas estudiantiles en pos de la autonomía y reforma universitarias que confluyeron con reclamos obreros durante ese año; pero también frente al resultado de las elecciones, al quehacer frente a la victoria herrero-ruralista. A su vez, Rama (1972: 14 y 11) diría que la “quiebra económica encontró una clase media pertrechada intelectualmente capacitada por años de estudio y análisis (...)”. Ambos autores habían ya hablado de otras crisis y fechas peores: Rodríguez Monegal en 1954, en referencia al estado del mundo editorial uruguayo y la perfidia de la relación clientelar entre creadores y Estado; Rama en 1965, como la peor fecha que quizá anunciase una escalada de mayor derechización del Uruguay y del subcontinente.

Vale la pena tener en cuenta que ambas “biografías generacionales” revisaron los años 1955 y 1958, pero al mismo tiempo la crisis podía tener otras fechas consideradas representativas. En cualquier caso, tanto Rodríguez Monegal o Rama, pero también Quijano, Real de Azúa y los artículos de los diversos órganos de prensa partidarios estipulaban sus propios análisis de una crisis que, como hemos visto, tuvo recién en el informe de la CIDE la fecha exacta de un inicio centrado en la economía. 1955 y 1958 cumplieron el rol de fortalecer una generalización, permitir aprehender un objeto y, entonces, dar cauce a que hubiera también legítimos intérpretes.

Conclusiones

La victoria de la alianza herrero-ruralista funcionó como una muestra, valorada positiva o negativamente, de la realidad y profundidad del Uruguay en

crisis. 1958 era la fecha política de la crisis, tal como 1955 cumplió el rol de ser la fecha económica. Ambas terminaron por constituirse en "parte-aguas" sobre el que se expusieron valorizaciones superpuestas. La "crisis estructural", como finalmente pasó a ser conocida, repercutía así sobre la homologación entre Uruguay, excepción y batllismo. Tal fue el peso de la "estructura" y del "impulso y freno" en la definición de la crisis en Uruguay, que un año después del golpe de estado, en 1974, un académico inglés, Henry Finch, podía afirmar que justamente la crisis uruguaya podía evaluarse en toda su magnitud si se atendía a la creencia que había hecho del Uruguay una "Suiza" y el modo en que el develamiento de los supuestos bajo las que esta estaba asentada se volvieron pies de barro (Finch, 1974: 38-57). Finch afirmaba lo que ya era un consenso general mucho antes para buena parte de la intelectualidad uruguaya.³⁵ Finch citó además en una nota al pie el texto de Carlos Real de Azúa, *El impulso y su freno...*

Si la "crisis" supone, entre muchos sentidos, que un cambio es posible, la formulación de "impulso y freno" condensó extremadamente bien otra paradoja. Podría enunciarse como la paradoja del "uruguayo medio" —para retomar las palabras de Enrique Iglesias en 1965—: el cambio en Uruguay era al mismo tiempo su destrucción. Y en este panorama, la legitimidad de la salida de la crisis —o la inculpación de sus propulsores— debe entenderse en el marco de disputas concretas, en coyunturas específicas que arman una teleología ad hoc para exponerse (casi como si fueran "revelaciones") y que, a la vez, han tenido mucha eficacia explicativa. De hecho, tanto la "crisis estructural" como el "impulso y freno" han sido efectivos sintetizadores de lo que ha dado en llamarse el "Uruguay clásico" (Caetano y Rilla, 2005: 199) puesto que "clásico" y "batllista" asumen una identidad sin fisuras. De este modo, el "batllicentrismo" ha tenido un peso fundamental en la explicación de la crisis (Yaffé, 2000: 15). Es por todo ello que sería necesario entender la crisis como *las* crisis, y ya no definidas desde el condicionante del "impulso y freno", como si éste fuera un atavismo particular en el Uruguay: el batllista.

NOTAS

- 1 Este trabajo es parte de mi tesis doctoral inédita, titulada "Uruguay 'latinoamericano'. Carlos Quijano, Alberto Methol Ferré y Carlos Real de Azúa: entre la crisis estructural y la cuestión de la viabilidad nacional (1958-1968)", presentada en el Programa de Posgrado en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de General Sarmiento y el Instituto de Desarrollo Económico y Social, Buenos Aires, Argentina. Agradezco las observaciones del comentador del presente artículo.
- 2 En 1933 el volumen de las exportaciones uruguayas cayó un 50% respecto a 1930; se redujeron las importaciones estratégicas como bienes de capital y combustibles; el valor

- del peso uruguayo descendió estrepitamente; para 1933, 44.000 uruguayos estaban sin trabajo. Desde marzo de 1933 Uruguay se encontraba bajo una dictadura (como Argentina en 1930). La segunda parte de la década sería mucho menos hostil: la dinámica de las exportaciones comenzaba a recuperarse y, ya para los años 40, otro golpe de Estado reacomodó las fuerzas políticas y definió un llamado a elecciones (Caetano y Rilla, 2005).
- 3 Algunos de los estudios más representativos sobre el período: Finch, 2005; Alonso y Demasi, 1989; Frega, 1993; Caetano y Rilla, 1995.
 - 4 "Estado benefactor" y "País feliz" fueron parte de los títulos que dos europeos (uno inglés y otro francés) inscribieron en volúmenes monográficos publicados sobre Uruguay en 1952 (Real de Azúa, 1952).
 - 5 La serie de dictaduras argentinas (1930-1932, 1943-1945, 1955-1958, 1962-1963, 1966-1973) y brasileñas (1937-1945; 1964-1985) habían marcado fuertemente la consideración de que Uruguay se recortaba como un país democrático en la región. Para fines de los años 70, los procesos dictatoriales habían unificado ferozmente el Cono Sur.
 - 6 Esos son algunos de los apelativos que recupera el ensayista Carlos Real de Azúa (1964).
 - 7 Existe un acuerdo mayoritario en que el Partido Colorado y el Partido Blanco —y su vinculación— construyeron el país, teniendo en cuenta como principal fundamento una historia en la que ambos pueden retrotraerse hasta la batalla de Carpintería en 1836, en la que se usaron por primera vez las divisas "blanca" y "colorada" (acaudilladas la primera por Manuel Oribe y la segunda por Fructuoso Rivera). Divisas que luego, en el marco de la Guerra Grande (1839-1851), definirían al gobierno de la Defensa (Rivera y la ciudad de Montevideo, aliados con las potencias europeas) frente al del Cerrito (Oribe y la campaña, aliados con la Confederación argentina).
 - 8 Batlle Berres gobernó el país en los períodos 1947-1951 y 1955-1959. En el primero, tras la muerte del presidente; en el segundo, como presidente del Colegiado (Consejo de Gobierno compuesto por nueve miembros, seis por el partido mayoritario y tres para el que le siguiera en votos) hasta 1956. Integró el Consejo Nacional de Gobierno desde 1955 hasta 1959. Fundó y dirigió el diario *Acción*.
 - 9 La Liga Federal de Acción Ruralista fue fundada en 1951 por Domingo Bordaberry y Benito Nardone, quien asumiría su liderazgo poco después, ante la muerte del primero. Se presentó como la organización que respondería por los intereses de pequeños y medianos productores contra la priorización de la industria, el poder de los intermediarios y la "debilidad" de otras asociaciones. Como "desprendimiento" de la Federación Rural, la Liga Federal respondía a ciertas matrices del "pensamiento radical" de las viejas clases conservadoras; su prédica iba contra comunistas, sindicalistas y burócratas y al conglomerado de grandes bancos y agentes financieros (acusados de dilapidar el trabajo de sus "confederados"). La Liga contaría con la puesta a punto de un sistema propagandístico que tenía, además del *Diario Rural*, la radio CX4 (propiedad de Domingo Bordaberry), donde Nardone dirigía desde los años 40 un programa de mucha repercusión (Jacob, 1980; Trigo, 1990).
 - 10 Herrera fue el líder de la tendencia mayoritaria del Partido Nacional o Blanco (que aquí uso como sinónimos). Herrera rompió su alianza con Nardone en 1959, nunca llegó a ejercer la presidencia del consejo de estado y murió ese mismo año.
 - 11 La Constitución de 1967 estableció el retorno al Poder Ejecutivo unipersonal.

- 12 Agradezco a Mariana Iglesias su ayuda en varias de las fuentes de este apartado.
- 13 En 1955 la revista se presentaba bajo el nombre *FEUU*, pero a partir del segundo número tomó el nombre de *Tribuna Universitaria* (julio 1956), hasta el número 11 (octubre de 1963). Cabe destacar que ya en 1956 la revista publicó una serie de artículos que tenían a la "crisis" como su principal objeto o como un horizonte posible y preocupante. Ver Beyhaut (1956); Solari (1956); Rama (1956).
- 14 "Concurso de poesías, cuentos y ensayos organizado por la Universidad de la República", *Tribuna Universitaria* 4, junio 1957, 96.
- 15 Carlos Real de Azúa, "¿A dónde va la cultura uruguaya?", *Marcha* 885 y 886, 25 de octubre y 1 de noviembre de 1957; 22-23, 21-23 respectivamente. El semanario *Marcha* constituyó una tribuna, escuela y arena intelectual. Fue fundado en 1939 por el abogado Carlos Quijano (junto con el abogado e historiador de las ideas Arturo Ardao y el pedagogo Julio Castro), y cerrado por la dictadura militar uruguaya en 1974. En el semanario –y en particular en su sección política– se sostuvo una prédica tempranamente antiimperialista y latinoamericanista que fue cada vez más corriéndose a la izquierda del espectro ideológico. Ha sido considerado un punto de torsión espectacular en la crítica literaria pero también cinematográfica de Uruguay, y a su vez marcó en profundidad la cultura latinoamericana de los años sesenta (Rocca, 1993; Gilman, 2002).
- 16 Real de Azúa parecía distanciarse de aquel conjunto de hipótesis y conceptualizaciones académicas en torno del "desarrollo" y una percepción del avance de la sociedad en términos evolutivos, surgidas en el contexto de la Guerra Fría y liderada por académicos norteamericanos como W. Rostow.
- 17 Carlos Demasi (2009) analizó la forma en que Quijano argumentaba en sus editoriales cómo evaluaba el pasado y el presente. Había un primer corte en el pasado que eran los años 30 con el golpe de Estado. Frente a ese corte, lo que siguió fue una serie de profundizaciones de una crisis que los años 30 habrían abierto. El presente, entonces, sólo podía ser caracterizado como una repetición –con variaciones– de ese primer y total quiebre. Demasi enuncia esa relación entre pasado y presente como la de la contradicción entre la racionalidad histórica y el radicalismo ético, es decir, frente a las transformaciones en la historia una continuidad ahistórica a pesar del tiempo.
- 18 La ANDS fue una fracción minoritaria dentro del Partido Nacional que disputó en especial al herrerismo, la hegemonía partidaria y, sobre todo, se plantó a la izquierda del partido. En 1946 ya se había separado del Partido Nacional y se presentó a elecciones ese año, en 1950 y en 1954. Para un desarrollo de la participación política de Quijano en la ANDS, y de ésta en relación con el Partido Nacional, véase Caetano y Rilla, 1987.
- 19 En ese número, Mario Bucheli (1958: 1-19) escribía sobre la estructura económica del país, explicando el peso del subdesarrollo para analizar la composición estructural de la economía del país. Exposición similar a la de Solari dos años antes.
- 20 En un importante texto, Solari intentó explicar el modo en que la ciudadanía adhería a los partidos, teniendo en cuenta que éstos eran intermediarios entre la sociedad y el Estado. A. Solari, "Réquiem por la izquierda", 1963.
- 21 S/F, "El actual y el próximo gobierno", *El Día*, 12 de marzo de 1958, 6.
- 22 S/F, "Los cursos universitarios internacionales", *El Día*, 18 de marzo de 1958, 9.

- 23 S/F, "El Uruguay se halla en una situación de privilegio dentro del panorama educacional de América Latina", *El Día*, 14 de noviembre de 1958, 14.
- 24 "Bancarrota", *Diario Rural* 18 de octubre de 1958, 3.
- 25 Esas apreciaciones no eran nuevas. *Nexo* fue el nombre de la revista que Methol Ferré dirigió entre 1955 y 1958.
- 26 En itálica en el original. Es factible que este agregado –casi "contemporizador"– fuera posible una vez que la disputa electoral ya hubiera tenido lugar.
- 27 "República ejemplar" (editorial), *Acción*, 7 de enero de 1959, 3.
- 28 "Un estilo de vida" y "País independiente", *Acción* XI, 3990, 7 de enero de 1959, 3.
- 29 "Despidiendo al gobierno que finaliza", *El País*, 1 de marzo de 1959, 5. Citado por Alonso y Demasi, *Uruguay*, 15.
- 30 *El país de la cola de paja*, que recopilaba textos publicados en la prensa gráfica, fue, además, un *best-seller* (Gregory, 1998).
- 31 La CIDE se creó a instancias del gobierno blanco del período 1958-1962. Presentó en 1963 una primera recopilación de datos que fueron materia de análisis en el informe de 1965 (Garcé, 2002).
- 32 Quizá el ejemplo más claro esté en la ficción. En 1962 el abogado, narrador y periodista Carlos Martínez Moreno publicó *El Paredón*. Novela de gran repercusión en el campo intelectual uruguayo, iniciaba el relato con un protagonista, Calocoro –anagrama de Colorado como lo ha mostrado Rodríguez Monegal– que evaluaba las elecciones de 1958 como de típica factura uruguaya: un cambio para no cambiar (Martínez Moreno, 1962: 10-11).
- 33 Según ambos autores, el congreso había introducido un nuevo escenario posible en la política uruguaya: agrupamiento y planteo general de la situación del país por fuera de los partidos tradicionales.
- 34 Demasi analizó la importancia que adquirió el trabajo de Real de Azúa en la historiografía uruguaya de los años 80 y el modo en que el propio Real de Azúa había variado y moderado, frente a un Uruguay cada vez más autoritario, su crítica al "freno" batllista.
- 35 Ese consenso no era total. Un ejemplo es la respuesta al artículo de Finch que aparece en 1975 también en *Nueva Sociedad*, firmada por el sociólogo Rolando Franco. Franco desestima el trabajo de Finch puesto que imprimía sobre la figura de Batlle una responsabilidad que trascendía el tiempo, y además sostenía la articulación Uruguay "tradicional" y "moderno" que, a esa altura, ya era materia de numerosas críticas (en particular para el análisis del desarrollo latinoamericano).

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso Eloy, Rosa y Carlos Demasi, *Uruguay 1958-1968. Crisis y estancamiento*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1986.
- Benedetti, Mario, *El país de la cola de paja*. Montevideo, Arca, 1960.
- Beyhaut, Gustavo, "Crisis de Occidente y crisis de América Latina". *Tribuna universitaria* 3, diciembre de 1956, 1-17.
- Bucheli, Mario, "Algunas características de la estructura económica del Uruguay". *Tribuna*

universitaria 5-6, 7 de noviembre de 1958, 1-19.

Caetano, Gerardo y Garcé Adolfo, "Ideas, política y nación en el Uruguay del siglo XX", en O. Terán (comp.), *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, 309-418.

_____, y Rilla José, *El joven Quijano. 1900-1933. Izquierda nacional y conciencia crítica*. Montevideo, EBO, 1986.

_____, *Historia contemporánea del Uruguay*. Montevideo, CLAEH – Fin de Siglo, 2005.

Demasi, Carlos, "Real de Azúa y su freno: el problema del batllismo" (inédito), VI Corredor de las Ideas en el Cono Sur: «Sociedad civil, democracia e integración» (Montevideo, 11 a 13 de marzo de 2004).

_____, "La crisis de todos los viernes. Quijano, una construcción del Uruguay", ponencia presentada en las I Jornadas del Archivo de la Universidad de la República Oriental del Uruguay, 2009.

Finch, Henry, "La crisis uruguaya: tres perspectivas y una postdata". *Revista Nueva Sociedad* 10, enero-febrero 1974, 38-57.

_____, *La economía política del Uruguay contemporáneo*. Montevideo: Banda Oriental, 1980 (reedición corregida y aumentada en 2005).

_____, "Uruguay 1930 c.- 1990", en Leslie Bethell (coord.), *Historia de América Latina*. 15. *El Cono Sur desde 1930*. Barcelona: Crítica, 2002.

Franco, Rolando, "¿Batlle: el gran responsable?". *Revista Nueva Sociedad* 16, enero-febrero 1975, 34-47.

Frega, Ana, "'Como el Uruguay no hay'. Apuntes en torno al Estado en los años cincuenta y su crisis". *Revista Encuentros* 2, agosto 1993, Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria. UdelaR/CEIU/CEIL, nov. 1991, 91-103.

Garcé, Adolfo, *Ideas y competencia política en Uruguay (1960-1973). Revisando el "fracaso" de la CIDE*. Montevideo, Ediciones Trilce, 2002.

Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 2002.

Hay, Charles, "Narrating Crisis: The discursive construction of the 'Winter of Discontent'". *Sociology* 30/2, mayo 1996, 254.

Holton, J., "The Idea of Crisis in Modern Society", *The British Journal of Sociology* 38/4, diciembre de 1987, 504.

Nahum, Benjamin, Angel Cocchi, Ana Frega e Yvette Trochón, *Crisis política y recuperación económica. 1930-1958*. Montevideo, Ediciones Banda Oriental, 1998.

Plotkin, Mariano, "Introducción", *Anuario de Estudios Americanos* 62/1, enero-junio 2005, 11-27.

_____, y Sergio Visacovsky, "Saber y autoridad: intervenciones de psicoanalistas en torno a la crisis en la Argentina". *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* 18/1, enero-junio 2007, 1-12.

_____, y Jimena Caravaca, "Crisis, ciencias sociales y elites estatales: La constitución del campo de los economistas estatales en la Argentina, 1910-1935". *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales* 47, oct-dic 2007, 401-428.

Jacob, Raúl, Benito Nardone. *El Ruralismo hacia el poder (1945-1958)*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1980.

- Martínez Cés, Ricardo, "Análisis de la crisis actual de nuestro país". *Tribuna Universitaria* 5, abril de 1958, 1-14.
- Martínez Moreno, Carlos, *El Paredón*. Barcelona, Seix Barral, 1962.
- Methol Ferré, Alberto, "¿A dónde va el Uruguay?". *Tribuna Universitaria* 6-7, noviembre de 1958, 136-173.
- _____, *La crisis del Uruguay y el Imperio Británico*. Buenos Aires, Editorial Peña y Lillo, Colección La Siringa, 1960.
- Oddone, Juan, *Vecinos en discordia* (versión corregida). Montevideo, El Galeón, 2004.
- Quijano, Carlos, "Ascensor para el cadalso". *Marcha* 911, 16 de mayo de 1958a, 1-4.
- _____, "A rienda corta". *Marcha* 925, 22 de agosto de 1958b, 1-4.
- Rama, Ángel, "Por una cultura militante". *Marcha* 1287, 31 de diciembre de 1965, 1b a 3b.
- _____, *La generación crítica*. Montevideo, Arca, 1972.
- Rama, Germán, "Aspectos socio-económicos de la deserción y el ausentismo en nuestra educación primaria y secundaria". *Tribuna Universitaria* 3, diciembre de 1956, 28-33.
- _____, *La democracia en Uruguay*. Buenos Aires, GEL, 1987.
- Real de Azúa, Carlos, "¿A dónde va la cultura uruguaya? I". *Marcha* 885, 25 de octubre de 1957, 22-23.
- _____, "¿A dónde va la cultura uruguaya? II", *Marcha* 886, 1 de noviembre de 1957, 21-23.
- _____, "Partidos políticos y literatura en el Uruguay". *Tribuna Universitaria* 5-6, 7 de noviembre de 1958, 101-135.
- _____, *El impulso y su freno. Tres décadas de batllismo y las raíces de la crisis uruguaya*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1964, 5 (versión digital en <www.archivodeprensa.edu.uy>).
- Rilla, José, *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1842-1972)*. Montevideo, Debate, 2008.
- Rocca, Pablo, *El 45. Entrevistas/Testimonio*. Montevideo, Ediciones Banda Oriental, 2004.
- Rodríguez Monegal, Emir, *Literatura uruguaya del medio siglo*. Montevideo, Alfa, 1966.
- Solari, Aldo, "Consideraciones sobre el problema de los partidos políticos y las clases sociales en el Uruguay". *Tribuna Universitaria* 5-6, 7 de noviembre de 1958, 20-29.
- Trigo, Abril, *Caudillo, Estado, Nación. Literatura, Historia e Ideología en el Uruguay*. Pittsburg, Hispamérica, 1990.

Copyright of Estudios Interdisciplinarios de America Latina y el Caribe is the property of Instituto Sverdlin de Historia y Cultura de America Latina and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.